

JOAN-FRANCESC PONT CLEMENTE

Académico de Número de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras



DR. JOAN- FRANCESC PONT CLEMENTE

— JOAN-FRANCESC PONT CLEMENTE —

Académico de Número de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras

DE LOS MODERADOS

*No te afanes, alma mía, por una
vida inmortal, pero agota el ámbito
de lo posible* (Píndaro, citado por Albert Camus).

Libertad ¿para qué?, la pregunta de Vladimir Ilyich Ulyanov, alias Lenin, a Fernando de los Ríos en 1920, es respondida por los moderados como *libertad para pasar, es decir, para cruzar a través de cualquier obstáculo que quiera impedirlo, libertad para pensar, libertad para actuar, libertad para conocer, libertad para amar*. La libertad, la libertad sin adjetivos, está dotada de un extraordinario contenido, porque más allá de la ausencia de restricciones, auspicia el favorecimiento de las condiciones materiales y espirituales que la hacen posible. No es una libertad retórica ni vacía, es una libertad efectiva, plena, incansable, compartida y universal, que se muestra con perfiles policromos en el itinerario de la vida de las personas y de la evolución de las sociedades.

Cuando la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras convoca a sus miembros a la reflexión sobre una trilogía conceptual aparentemente contradictoria, pero preñada de un contenido actual y casi urgente, la revolución, la evolución y la involución, me parece de justicia tratar de esbozar una respuesta y someterla acto seguido al mejor criterio de mis pares. De alguna forma, algunas de las grandes cuestiones que parecen plantearse en España durante el año 2014 nos

retrotraen a otros momentos de nuestra Historia, y en lo que a mí respecta al periodo comprendido entre 1975 y 1980, el tránsito de una dictadura incompetente a un ensayo de democracia basada en el equilibrio entre los principios de unidad y de autonomía e inspirada por los valores de libertad, igualdad, justicia y pluralismo.

Precisamente al inicio de aquel quinquenio, ingresó en nuestra Academia el profesor Ramon Trias Fargas, y tuve el privilegio de asistir al acto de lectura de su primer discurso en la Casa. El profesor Trias pudo por aquella época empezar a defender que, para dar respuesta a las grandes preguntas, había espacio para quienes aspiraran *a una austeridad realista*, vivieran en el *respeto de las opiniones de los demás*, basaran *sus decisiones y su conducta en la libre argumentación* y fueran capaces, *olvidándose de supuestos placeres doctrinarios*, de saber *combinar la imaginación con lo posible dentro de una dosis de suficiente sentido del humor y de humana generosidad*. Para Trias Fargas, este grupo humano, ayer y hoy, añado, *desea cambios tan profundos como los puede desear cualquiera. Pero los cambios que desea no van siempre por los caminos que señalan los extremistas. Sobre todo, su paso, que es sostenido, pero no precipitado, se marca sin acrimonia y sin amargura. Se piensa más en construir un futuro que en destruir un pasado*. A estas personas, Trias, en *El precio de la libertad*, Destino, Barcelona, 1976, página 55) los definía como *moderados*.

En una sociedad madura los moderados ocupan el espacio de la centralidad política y se manifiestan en distintas opciones políticas, en las que el acento puede estar un poco más a la derecha o un poco más a la izquierda, opciones destinadas a ocupar el poder durante períodos limitados y a alternarse entre sí, en el sentido más sublime de esta expresión, tan a menudo denostada por referencia a los turnos que sólo pretendían que todo cambiara para que todo siguiera igual. Nada más lejos del ideal reformista de los moderados, auspiciadores siempre de un gobierno cada vez mejor.

A la opción entre evolución, involución y revolución, mi respuesta es la de los moderados. Respeto de los valores individuales y de la libertad, construcción de la república europea, regulación de los mercados, limitación de las potestades exorbitantes y de los arremolinamientos de poder, desarrollo de políticas eficientes de bienestar, creación de las condiciones de certidumbre que permitan retornar al crecimiento económico y fomento de la cultura de la ciudadanía basada en la obediencia a las leyes, único cauce para evitar el dominio de las mafias de cualquier naturaleza y para, fomentando las virtudes públicas, erradicar el fraude y la corrupción.

Macrobio, el último intelectual pagano de Roma, escribió en su *Sueño de Escipión*, que las almas realizaban el viaje de ida y vuelta entre su condición divina y su condición humana a través de la *Puerta de los Hombres* y de la *Puerta de los Dioses*. Es el mito eterno del dios que se hace hombre y del hombre que se hace dios, trasunto del combate por salir de la esclavitud y alcanzar la libertad. El ciudadano que milita en la moderación, cree que el camino señalado por Macrobio transita por alcanzar la civilidad, para obtener la igualdad entre los seres humanos, una vez despojados de los falsos ropajes que los convierten en judíos o gentiles, en tirios o troyanos, en blancos o negros, en pobres o ricos. Busca la igualdad, que en la Ciencia Política llamamos *republicana*, cuando ridiculiza las guerras entre los dioses para condenar las guerras de religión. Auspicia la laicidad, por tanto, que es a la vez respeto por las creencias y convicciones y una severa limitación a su capacidad para domesticar a las conciencias.

El gran esfuerzo de una sociedad para llegar a ser una sociedad buena es ser capaz de dar vida a una verdadera *escuela de formación de ciudadanos*: en ella, desde los niños hasta los adultos, sin límite de edad, deben aprender a ejercer el derecho de sufragio, a exponer sus ideas mediante discursos medidos bajo el deseo de que convengan sin herir, a respetar las diferencias y a aprender de ellas, a actuar conforme

a sus ideas en un marco constitucional sometido a la Ley de la mayoría y no a la imposición del príncipe, a reconocer la dignidad de la mujer en la vida privada y en la vida pública y a rechazar cualquier ideología que no respete al ser humano libre como eje sagrado de la construcción de la vida colectiva.

El moderado es *liberal* –con el sentido que daba a esta palabra Rubén Darío, nuestro gran poeta modernista- y por eso su ciencia del poder se ocupa, sobre todo, de la limitación del poder y de la sujeción al Derecho de los poderosos. Limitación y sujeción que se ponen al servicio de la extensión paulatinamente universal de la ciudadanía. A fuer de liberal, el moderado es también *demócrata* y apuesta, sin lugar a dudas, por el régimen representativo basado en la designación de los *electos* mediante el sufragio universal, directo y secreto. Ello le conduce a respetar a los electores y a los electos y a propugnar el camino de ida y de retorno –como antes a través de las dos puertas de Macrobio- entre la función pública y la vida privada. De ahí nacen los principios de separación entre el cargo y la persona y de alternancia en el poder. Liberal y demócrata, el ciudadano moderado se orientará hacia uno u otro credo político en el ámbito de su actuación política, pero lo hará siempre desde el respeto a unos principios sobre los que no cabe transacción. Por eso los moderados están en el *corazón de la república* y llevan a la *república en su corazón*, según la dualidad que tan cara es a Vicenç Molina, profesor de Ética empresarial en la Universidad de Barcelona, y que puede, quizás, completarse con la metáfora de que los moderados poseen la clave, la llave, *republicana*: el derecho de cualquier recién nacido a ser igual a sus semejantes, a recibir una educación que le evite la esclavitud a su herencia y le haga capaz, por el contrario, de valorarla en lo que significa para compartir su legado particular con el general de una sociedad, no me importa repetirlo, *buena* que aspira a dar a cada uno su propia oportunidad, a cada uno lo suyo.

Así hablaba Rubén Darío en *A los liberales*, el año 1881:

*Porque cantáis la eterna Marsellesa
que maldice el poder de los tiranos;
Porque alzáis ardorosos en las manos
el pendón de la cruz con entereza;
Porque deseáis que caiga la cabeza
de la hidra aristocrática, y ufanos
dais al pueblo principios soberanos
que destruyen del mal la niebla espesa...*

No le faltaría razón a quien asegurara que el empeño de los moderados se asemeja al terrible mito de Sísifo. Sísifo fue condenado por los dioses a empujar incesantemente una roca hasta la cumbre de una montaña, donde la roca volvería a caer por su propio peso. Albert Camus consideró a Sísifo como una metáfora de la existencia humana, aunque supo advertir una *alegría silenciosa* del héroe en la convicción de que su destino le pertenece, de que es dueño de sus días. Esta convicción humanista se simboliza en el momento de alcanzar la montaña e iniciar el descenso: en ese ligero giro el hombre descubre que ha creado su destino, unido bajo la mirada de su memoria y sellado por la muerte. La noche, dice Camus también, no tiene fin, y la roca sigue rodando.

Algo de esto hay, aunque ensayaré una visión optimista del tema. Los moderados asumen la obligación de difundir la verdad por todos los ámbitos de la Tierra, desde el convencimiento de que la Historia de la Humanidad puede resumirse en que cada generación que ha suplicado una *gracia* ha sido substituida por otra que ha concebido la conquista de la anterior aspiración como un *derecho*. El medio para promover el progreso, bien descrito por esta última afirmación, es *la educación de las masas* que en un tiempo se incardinó en el *Templo de lo Absoluto*, mediante el control clerical, y que los moderados deseamos que se ubique en el *Templo de la Razón*. El primer paso fue dado con la Reforma de Lutero y el principio del libre examen. El segundo ha

de ser la educación en la libertad y desde la libertad, suprimiendo las cortapisas que impidieron, han impedido o podrían impedir que los ciudadanos enseñen lo que conocen y lo compartan con los demás.

¿No resulta una afirmación incontestable que *es necesario conocer la verdad para difundirla?*

*... porque gritáis que es libre el pensamiento;
que no tiene cadenas la conciencia,
y proclamáis con fuerza y ardimiento
que hoy impera nomás la inteligencia;
la muchedumbre criminal y necia,
os escupe y os odia, y os desprecia.*

(Rubén Darío: *A los liberales*).

La educación es la verdadera constructora de la nación. No hay ni vestigios de nación donde reina el analfabetismo, la ignorancia, la superstición y el vasallaje. La semilla de la nación es la instrucción pública y, como es sabido, en España ésta no dará sus primeros frutos hasta Godoy. Godoy, sí, Godoy, tan despreciable por otros motivos, pero el personaje que se plantea seriamente la instrucción pública y verá fracasar completamente sus esfuerzos. La nación nace en Cádiz, con la guerra del Francés, y con la aprobación de la Constitución, en la estela del Estatuto de Bayona. No nace ya hecha, vestida y armada, cual Minerva al salir de la cabeza de Zeus, sino pequeña, inerme y desconcertada, con más enemigos que amigos, poblada por serviles miserables, que cuando crezca la amenazarán, con la ayuda de los neocatólicos, de los carlistas y de los demás adversarios de la libertad.

La nación, en suma, no nace, sino que se hace, originariamente, en el enfrentamiento con el enemigo exterior, desde luego, pero con la animadversión del enemigo interior. La nación es un combate, pero la plenitud de la nación, como defendió Garibaldi desde sus convicciones

humanistas, es la paz. No la victoria, la paz. La paz kantiana, permanente e irrenunciable. El *foedus pacificus*. La Federación.

La nación se hace mediante la educación que es, a la vez, un derecho y un deber, porque el acceso a la ciudadanía no es ni eludible ni renunciante. La educación es un deber republicano. Nos hace iguales para que todos tengamos la oportunidad de ser libres. No hay libertad sin igualdad, no hay igualdad sin educación. No hay educación si existen adoctrinamiento, segregación, odio o miedo. La educación como deber *republicano* es la única vía para la emancipación y ésta es el cauce para hacer posibles las oportunidades de cada persona conforme a su mérito y a su capacidad. La educación emancipadora sólo puede ser laica, es decir, ni acomodada a una cosmovisión determinada ni, todavía menos, estúpidamente neutral. La neutralidad, como decía Jean Jaurès, es la nada. La educación toma partido, es beligerante en la causa de los derechos humanos concebidos como la única cultura universal y como la atmósfera acogedora de las diferencias capaces de convivir entre sí.

La educación así concebida, al servicio del libre desarrollo de la personalidad, como señala en dos ocasiones la Constitución española, es *republicana* porque constituye el tránsito a la aceptación de los deberes cívicos que abren la puerta al ejercicio de los derechos. La *república*, por su parte, no puede ser más que educativa, una gran escuela, en la que los maestros serán sus ciudadanos más importantes, como quería aquel buen ministro de Instrucción Pública que se llamó Marcel.lí Domingo. Por eso tres décadas antes de que llegara la esperanza republicana, ya habían matado a Francisco Ferrer.

*... y porque sois soldados de la idea;
Porque rompéis la tiara y la corona,
y vuestra voz la libertad pregona;
la libertad que irradia y centellea; ...*

(Rubén Darío: *A los liberales*).

Un ciudadano moderado no podrá nunca compartir la pretendida supremacía de una nación, ni la idolatría del dinero, ni la cultura reducida a espectáculo ni la glorificación de la violencia. El ideal de libertad individual y de tolerancia que caracteriza al espíritu moderado le protege de cualquier deriva totalitaria, ideológica o política, de mala o de buena reputación. El marxismo-leninismo de Estado, en tiempos del *padrecito* Stalin, o algunos *unanimismos* actuales han sido o son totalitarismos *de buena reputación* en amplios sectores sociales, lo que les convierte en más dañinos al generar adhesiones entre gentes de buena fe. El franquismo tenía su público y los archivos del NO-DO y de TVE contienen testimonios difíciles incluso de creer. El *Front Nationale* en Francia aspira y, desgraciadamente, en parte, ha conseguido, gozar de una cierta buena reputación. Como el UKIP en el Reino Unido, que acaba de situar a su segundo diputado en Westminster. O como la extrema derecha xenófoba en Suecia, ¡en Suecia! El individualismo a ultranza del ser humano perdido en los mercados es también incompatible con la convicción *republicana* de la fraternidad. En efecto, los moderados aspiran a ser los constructores de una sociedad más justa y más armoniosa y, por ello, combaten en todas partes contra las fuerzas oscuras de la entropía que tienden, probablemente, bajo la apariencia falaz del progreso, al restablecimiento de la indiferencia y de la violencia primitivas.

El moderado, vuelvo a recordar aquellas palabras del profesor Trias Fargas publicadas en 1976, *desea cambios tan profundos como los puede desear cualquiera*, y se compromete con el tránsito del mundo viejo (el de la miseria, la desigualdad, el engaño) al nuevo. De la seguridad de la esclavitud a la incertidumbre de la libertad. La tentación es desandar el camino, como había visto hasta 1989 que hacían muchos días los jubilados de Berlín Este que visitaban el Berlín Oeste y regresaban a dormir a sus casas. El resto de la sociedad no tenía este privilegio, no podían cruzar el muro con aquel metro sombrío de estaciones fantasmagóricas, y ellos, que sí lo tenían, no lo ejercían más

que para darse una vuelta y asomarse a Occidente. Derribar cuantos muros se erijan ante nosotros implica el establecimiento de un vínculo con el otro, como trataré de desarrollar más adelante en este trabajo. Al destruir el muro nos mostramos dispuestos al intercambio y a la fraternidad.

Y sin embargo, los muros crecen por doquier y tras ellos sólo hay muerte y desolación. Todos los días el derecho a la existencia les es negado a las víctimas del Estado Islámico que asesina a las personas bajo la excusa de su no adhesión al credo que ellos preconizan. Parece que la Historia se vengue así de Carlomagno y de Isabel y Fernando y de cuantos reyes e inquisidores cristianos hicieron lo propio no hace tantos siglos. A los moderados ningún ciudadano del mundo les es ajeno, y preservan su vida con independencia de cuál sea su religión o sus convicciones. Pero no se quedarán quietos, sino que recurrirán incluso a la fuerza, la fuerza ejercida desde y en el Derecho, para garantizar la vida, la existencia, de todos. Son conscientes, como el poeta, de que el descuido de la voluntad y el abandono del esfuerzo *permiten el surgimiento del tirano. Un tirano que aplasta la ciencia, el amor y la libertad. Un tirano que aplasta todo lo que hace el genio del hombre.*

*... porque deseáis que el Universo vea
como una catedral se desmorona
al son del himno que la voz entona
del genio de la luz que vida crea; ...*

(Rubén Darío: *A los liberales*).

El moderado defiende la perfectibilidad del ser humano y la de la sociedad, es decir, ni cree detentar un modelo infalible, ni defiende su postura como la única defendible ni se halla jamás satisfecho con lo obtenido. Sólo está de acuerdo en contribuir a que el mundo sea cada vez mejor y, en Política, no renuncia a propugnar, como ya he apuntado antes, ni más ni menos que, cada día, un gobierno mejor. Nótese bien:

ni *el* mejor gobierno ni el gobierno *de los mejores*, sino *un* gobierno mejor. Que, precisamente, por ser *un* y no *el*, será transitorio y un día, substituido.

El ciudadano moderado va al encuentro del otro con el ánimo de compartir con él sus principios que se resumen en diluir la dicotomía nosotros/ellos, los unos y los otros, la gran tentación que nos mantiene salvajes, para avanzar hacia un *nosotros* transfronterizo, interreligioso, universal y solidario. El *moderado*, luchando por su libertad, se suma a los *soldados de la idea* de Rubén Darío, y se apuesta a construir un mundo para todos.

El *moderado empuña* la palabra como instrumento de amor y contribuye a que el mundo sea mejor al estrechar sus lazos con quienes ha hallado al otro lado de cada uno de los muros que ha contribuido a derruir. ¿Quién hay tras las ruinas del muro? Todos aquéllos a los que por una razón u otra podría considerar como extraños: los que hablan otra lengua, son más ricos o más pobres, tienen la piel más oscura o los ojos más rasgados, comen alimentos más cocidos o simplemente vegetales... Al otro lado del muro están los que, en principio, podríamos considerar distintos y, al encontrarnos, ellos y nosotros descubrimos que somos iguales. El ciudadano moderado no temerá ni superar el conflicto ni recurrir a leyes justas que vertebren la igualdad en la diversidad.

¡Ay de quien, en España, no está ni con tirios ni con troyanos! Será repudiado por unos y otros. Se rechaza el diálogo, se abomina del pacto, se ridiculizan las terceras vías, se promueve el alineamiento frentista, se alienta la confrontación, se exalta a los nuestros y se denigra al adversario escarneciéndolo como enemigo... Pudo parecer por un momento que, al estar mucho mejor comidos y algo más desasnados, habíamos abandonado nuestra pulsión cainita más profunda. Pero no ha sido así. Esta ha renacido para satisfacción de dogmáticos, alivio de frustrados, justificación de cobardes y desahogo de impotentes. En suma: no niego ninguna -¡ninguna!- salida al contencioso que tenemos,

pero sí abomino de las actitudes que van cristalizando a uno y otro lado, y que impiden hallarla en paz y concordia.

El texto recién transcrito pertenece al artículo “El exilio de un liberal” del Notario Juan José López Burniol, publicado en *La Vanguardia* el 22 de noviembre de 2014, y constituye una bella condena del fratricidio a la par que una reivindicación de la fraternidad. Hace años, en uno de los cruces de la vida, López Burniol me escribió que, a pesar de algún tema en el que estábamos en desacuerdo, no por ello dejábamos de coincidir en las cuatro cosas fundamentales... y que lo demás, era *intendencia o marquería*. Ahora, en efecto, coincido con él en el mensaje que transcribe y que pertenece a nuestra mejor tradición liberal. Ya Miguel de Unamuno había tenido que advertir:

En este estado y con lo que sufro al ver este suicidio moral de España, esta locura colectiva, esta epidemia frenopática [...] figúrese cómo estaré. Entre los uno y los otros- o mejor lo hunos y los hotros- están ensangrentando, desangrando, arruinando, envenenando y entonteciendo España.*

La militancia en la moderación, como he dicho, impele a superar cualquier barrera de separación entre los unos y los otros en pos de un *nosotros* inclusivo y *republicano*. Desde la moderación, no se renuncia a ninguno de los objetivos que serían susceptibles de colmar las ansias de bienestar del ser humano, pero sí que se renuncia a alcanzar los fines propuestos a costa de que unos se impongan sobre otros, mucho menos de que unos exterminen a los otros. Respeto por las ideas, por muy diversas que sean, pero respeto, sobre todo, a las personas. El moderado no mezcla, como, desgraciadamente, leemos que se hace cada día desde las tribunas teórica y oficialmente más ilustres, la crítica a las ideas con la crítica de las personas. No se defiende de sus defectos señalando los vicios de los demás.

* Esta cita procede de una carta de don Miguel a Quintín de Torre de 13 de diciembre de 1936, recogida en Miguel de Unamuno, *Epistolario inédito. T. 2 (1915-1936)*. Edición de Laureano Robles. Madrid: Espasa-Calpe, 1991, pág. 350.

Los ciudadanos moderados se oponen de una forma muy especial a la guerra de exterminio, por usar las palabras tan ilustrativas de Unamuno, entre los *Hunos* y los *Hotros*. El *Huno* y el *Hotro* existen para darse, mutuamente, la fuerza absurda de su delirio de odio. No desean el fin del conflicto sino que se alimentan de él. Cuando alguien cae tan bajo como para basar su ideología o sus creencias en el odio al *Hotro*, es que es un *Huno*, alguien que ha hecho de la extensión del miedo su razón de vida y del pillaje al *Hotro* su única industria. El *Hotro* es el mismo *Huno*, la misma barbarie, pero con un pelaje, una bandera o unas creencias opuestas. *Hunos* y *Hotros* coinciden en creerse que están en el lado de los “buenos” a la par que quienes no están con ellos son los “malos”.

La superación de las divisiones es la Ciudad (a la que llamo *república*, sin que ello dependa del nombre de las instituciones, sino de la realidad efectiva de los mecanismos de representación y de gobierno) y ello significa que la aspiración del presente no puede ser otra que la de tratar de unir a las naciones en lugar de enfrentarlas. El futuro debería ir hacia el horizonte de una federación mundial, cifrada en el reconocimiento pleno de la dignidad de cada persona. La superación de la tribu estriba en la desaparición de las fronteras y en la extensión universal del concepto de *ciudadanía*.

Contemplo con tristeza el desprestigio de la función legislativa sufrido durante los últimos quinquenios, perfectamente describible con las palabras de Rubén Darío a finales del siglo XIX:

Los unos, en efecto, conservadores o nacionalistas, exponen programas que radicales completos no desaprobaban. Llevados por una manera de respeto humano, hacen concesiones a aquellos mismos cuyos principios rechazan, con tal de lograr los votos. Los otros, los del socialismo, prometen al pueblo, que en el fondo no pide tanto, una libertad tan completa, una justicia tan perfecta, una felicidad tan grande, que no se ve del todo, pues no saben los mismos parlanchines de esas verbales añagazas cómo van a edificar ese paraíso en donde los franceses de mañana van a danzar, en un placer sin límites, un

*delicioso perpetuo cake-walk. Esa falta de sinceridad de parte de los candidatos, no va, en último análisis, sin su falta de respeto para el elector. No os diré una novedad si os digo que el respeto no consiste en muestras exteriores de su deferencia, o en la expresión de fórmulas de urbanidad. Respetar a alguien es, ante todo, suponerle un buen sentido, un juicio por lo menos cercano al nuestro. Es en segundo lugar, tratarle como una personalidad moral a la que no se procura el engaño o el daño. De modo que no decir la verdad y nada más que la verdad a los electores, es ya reconocer su falta de inteligencia. Pero decirles tonterías, es tomarlos por incurables imbéciles**.*

Cada vez que oigo la habanera de la *Carmen* de Bizet no puedo por menos que recuperar el conocimiento del alma humana impregnada en la contradicción permanente del “te amo, pero tú no” / “me amas, pero yo no”... y, en cualquier caso, *prends garde à toi!* No puede negarse que la tragedia de *Carmen* describe con crudeza el desencuentro entre los seres humanos que nace todos los días de la existencia de malentendidos. No obstante, preciso es distinguir la connatural dificultad para la vida en común con la utilización de artimañas que inciten a la intensificación de la dificultad. Hay demasiados profesionales del conflicto, en el sentido de que su oficio es mantener e intensificar los enfrentamientos en lugar de contribuir a su reducción o a su superación. Quienes azuzan los conflictos han hallado en este método una fórmula para conservar su poder, pequeño o grande, pero poder.

La cultura del poder –tuve ocasión de exponer en mi *discurso de ingreso*, el 10 de junio de 2014, en la Real Academia de Doctores, cuyo ámbito de actuación abarca desde Barcelona el conjunto de la Unión Europea- gira alrededor de la sacralización del fratricidio y, por esta razón, la Revolución Francesa descubrirá para la eviternidad el valor de la fraternidad como virtud. Ésta es, en mi opinión, una de las grandes aportaciones de la Ilustración: la substitución del enemigo por el hermano, de la teología por la filosofía, del dogma por la ciencia, del poder absoluto por el poder limitado. ¡La limitación del poder! El viejo anhelo de los liberales a los que cantaba Rubén Darío en el

** Rubén Darío. *Obras completas*. Madrid: Afrodisio Aguado, 1950-1955. Vol. II, pág. 710-712.

XIX. El más que actual objetivo de regular el ejercicio de todos los poderes (incluso de aquéllos que pretenden existir sólo para acabar con los viejos poderes) para que el ciudadano sea el eje de todas las cosas y no el súbdito de cuantos pretenden arrastrarle a su servicio en nombre de una idea o de la negación de las ideas. El ciudadano que piensa y escribe los grandes conceptos con minúsculas y no el pobre tonto a quien han convencido para que deje de pensar y para que escriba los pequeños conceptos con mayúsculas.

Los unos contra los otros, los *Hunos* contra los *Hotros*. Errores fatales. Todas las calificaciones o descalificaciones globales de grupos humanos (étnicos, raciales, nacionales, lingüísticos, religiosos, sexuales) son esencialmente injustas, como semilla del odio y como pórtico del enfrentamiento.

*... porque las tablas de la Ley del hombre,
mostráis al mundo llenas de verdades,
y de la democracia el sacro nombre
escribís en la faz de estas edades,
tendréis mil bendiciones en la historia
y una palma en el templo de la gloria.*

(Rubén Darío: *A los liberales*).

Como ya tuve ocasión de glosar en el encuentro entre la Fundación Jean Monnet y nuestra Academia, usar sólo las armas de la razón, de la persuasión y del buen ejemplo constituye nuestro mensaje más esencial y permanente, cuya realización práctica se consigue en la sociedad mediante la preeminencia del principio de laicidad. El artículo primero de la Constitución española de 1978 consagra, discúlpe-se me la reiteración, como valores superiores del ordenamiento jurídico a la *libertad*, la *igualdad*, la *justicia* y el *pluralismo político*, que a mí me gusta evocar, simplemente, como *pluralismo*. Estos valores habían brillado por su ausencia durante la dictadura de Franco y habían tenido una vida lánguida en muchos períodos anteriores, desde que intentaron

asomar con dificultades en el Estatuto de Bayona de 1808 y en la Constitución de Cádiz de 1812. Sin embargo, no es difícil concebir que deberían informar la convivencia ciudadana en todos los rincones del planeta. Hoy deberían figurar en el frontis de nuestros edificios públicos, incluidas las escuelas. La vigencia de los valores de libertad, igualdad, justicia y pluralismo es el único medio por el que puede erradicarse el miedo, ese miedo que ha sido siempre el principal obstáculo para la emancipación de los seres humanos.

El miedo, el arma que esgrimen los *Hunos* contra los *Hotros*, genera sumisión siempre, ante el gobierno o ante el vecino, ante el padre o el clérigo, ante el fascismo y el estalinismo, ante los “ojos y oídos de la revolución” o ante el guardián de las esencias, ante el unanimismo que impone una concepción, una religión o una idea como única, desechando como inadmisibles a las demás. El miedo paraliza y, en ocasiones, impulsa hacia la locura colectiva. La libertad no existe sin respeto, la igualdad es imposible sin una desigualdad solidaria, la justicia es incompatible con la laxitud y con el linchamiento, el pluralismo se muere si sólo se conlleva la diferencia en lugar de obtener provecho de ella.

El miedo puede desaparecer, únicamente, cuando la vida se entrelaza con la laicidad concebida como la estructura espiritual de la Ciudad. La laicidad, que es el combate con las armas de la razón, de la persuasión y del buen ejemplo, se manifiesta como un principio organizador de la pluralidad y de la tolerancia en una sociedad que ha alcanzado su mayoría de edad y que no interfiere, de entrada, con el contenido substantivo de las religiones o de las ideologías.

En la laicidad, por tanto, no puede hallarse elemento alguno de crítica, censura o limitación del ejercicio de la práctica de las religiones o de la vida espiritual de las personas individualmente consideradas o en grupo. Aunque a menudo se oiga esta crítica, razón que obliga a descartarla formalmente mediante este razonamiento, la laicidad como

principio organizativo ni comparte la naturaleza de las religiones ni prejuzga negativamente ninguna opción de conciencia. Aunque sí es cierto que la laicidad sitúa a las convicciones y creencias en el seno de un ordenamiento jurídico, si se quiere las sujeta a la ley, algo que no siempre éstas aceptan con agrado, llegando incluso a repeler la obediencia a las leyes sin ambages. Por poner un ejemplo cercano, la Iglesia Católica Romana ha encubierto a sus clérigos pederastas, aplicándoles a lo sumo *nuevos destinos*, hasta el cambio de criterio de Ratzinger (en 2012) y el definitivo *golpe de mano* de Bergoglio, forzando incluso la dimisión de obispos y haciendo públicos los hechos, obligando así a la intervención de las jurisdicciones penales de los Estados. Que Bergoglio tuviera que recurrir al ardid de *filtrar a la prensa* una llamada suya a una víctima resulta muy ilustrativo de la reticencia eclesial ante el asunto. Un segundo ejemplo cercano: el incremento de las violaciones en Marruecos y la pervivencia de los malos usos de criminalizar a la víctima y de “redimirla” mediante el matrimonio con el agresor; o la conllevancia en medios musulmanes con los crímenes a gran escala del Estado Islámico. Y un tercer ejemplo: la pretensión de transformar el Estado de Israel, nacido sionista, pero laico, en un Estado confesional, cuya primera víctima sería la expresión libre de los sentimientos en las noches de Tel Aviv.

El principio de laicidad no es una peculiaridad francesa o europea, sino la emanación de una tensión emancipadora nacida de la cultura de los derechos humanos ¡cómo se resisten las religiones a aceptar la vigencia universal de los derechos humanos! Y con ellas, todas las opciones ideológicas y todas las formas absolutistas y dogmáticas de poder. Las excusas para limitar la vigencia del principio de laicidad esconden siempre la pretensión de imponer el propio credo (religioso, ateo, político, económico) sobre el libre ejercicio del pensamiento.

Y los ciudadanos, ¿para qué quieren pensar si otros, más sabios, más inspirados, más doctos o más osados en su ignorancia y en su

estupidez, ya piensan por ellos? No hay suficientes ovejas para tantos candidatos a pastor. En realidad, ¿para qué quiere nadie ser ciudadano si puede ser fiel o súbdito o cliente o consumidor o anónimo levantador de manos en una asamblea? *O hooligan* de cualquier nacionalidad que cierra los ojos ante las consecuencias, a veces mortales, de la violencia que contribuye a alimentar. La tradición evangélica, que evoca al *buen pastor*, como aquél que es capaz de mostrar amor por sus semejantes, rechaza a la pléyade de falsos pastores, aspirantes a tiranos, sumos sacerdotes, y demás mentecatos con vocación de vivir a costa de los demás. La *república laica* es el único espacio de igualdad ciudadana en la dignidad en el que pueden florecer todas las potencialidades del corazón humano.

Los ciudadanos, sin embargo, expresan de forma creciente su *indignación* ante el deterioro de sus condiciones de vida, el desmantelamiento de las políticas sociales, el prestigio cuestionado de electos y gobernantes y la corrupción que parece haber impregnado a todos los niveles el gobierno y la administración de lo público. La expresión de esta *indignación* es, en sí misma, un motor de cambio y de progreso, aunque no siempre los argumentos utilizados resulten técnicamente correctos o jurídicamente factibles. La Ciencia es, por su propia naturaleza, especialmente sensible a la defensa de las políticas de igualdad y a las quejas expresadas en sede parlamentaria o mediante explosiones de indignación. Por su parte, los moderados quieren ir *más allá* de la indignación para comprometerse con la recuperación de los principios básicos de una sociedad democrática. Pueden aceptar, desde luego una u otra solución concreta y contingente, pero no pueden transigir con la recuperación del prestigio de lo público.

De entre el conjunto de problemas graves que amenazan la vida social, la corrupción ocupa un lugar importante y es un factor muy relevante de irritación colectiva. El remedio a la corrupción no transita ni por la generalización de una especie de “justicia popular” o “mediática”,

siempre injusta, ni por una sobreabundancia de leyes represoras. La honestidad volverá a ser una virtud pública cuando la conciencia social recupere el vigor necesario para que no haya lugar a dudas. Hay un concepto muy dañino en el discurso político: *tolerancia cero ante...*, por ejemplo, la corrupción. Primero, porque parece que fuera posible un cierto grado de tolerancia; segundo, porque la tolerancia no admite ser confundida con la laxitud ante el incumplimiento de las leyes; y tercero, porque guardar y hacer guardar las leyes no puede hacerse depender de una decisión política.

Al servicio de la libertad, de la propia y de la ajena, la labor que espera a los moderados es ingente e incabable. Y sí, en efecto, recuerda a Sísifo. El mito de Sísifo, del que hablaba antes. Sin ninguna connotación pesimista, desde el optimismo social de la pequeña *victoria* obtenida cada vez que se alcanza la cumbre, el moderado reconoce el deber como guía de su vida, aun sabiendo que sus obras son efímeras y que siempre deberá volver a empezar.

* El origen de este trabajo se halla en una tríada de conferencias impartidas en Barcelona y en Madrid durante el año 2014, que me han requerido dedicar tiempo y esfuerzo al ensayo de respuestas ante el cúmulo de preguntas que se nos formulan. Me ayudaron, también, algunas reflexiones contenidas en una parte de la conferencia "*La laicidad en la vida política*" pronunciada en el *Círculo Ecuéstre* de Barcelona el 14 de febrero de 2012 ante el grupo catalán del Capítulo español del Club de Roma. Ordené, finalmente, mis pensamientos para el Encuentro Internacional de la Academia, una ordenación que, como siempre, será sólo provisional y transitoria..